

Juan Carlos Casas

Fraile Muerto

STOCKCERO

A863 Casas, Juan Carlos
CAS Fraile Muerto.- 1ª. ed.- Buenos
Aires : Stock Cero, 2002.
376 p. ; 23x16 cm.

ISBN 987-20506-5-1

I. Título - 1. Narrativa Argentina

Copyright © 1988, Juan Carlos Casas

1º edición: 2002 - Stockcero
ISBN N° 987-20506-5-1
Libro de Edición Argentina.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723.
Printed in the United States of America.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación
o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

stockcero.com
Viamonte 1592 C1055ABD
Buenos Aires Argentina
54 11 4372 9322

stockcero@stockcero.com

Juan Carlos Casas

Fraile Muerto

STOCKCERO

Fraile Muerto

A ESE DESCONOCIDO, MI PADRE



Richard Seymour, en 1903

PREFACIO

Cuando me pidieron que escribiera el prólogo de Fraile Muerto se me despertaron cantidad de sensaciones dormidas durante más de una década. ¡Volver a Casiana, el personaje que yo había inventado y del que estuve enamorado durante tantos años! ¡Gumersindo Lisada, el fiel capataz que creyó llegada su última hora cuando fue capturado por los ranqueles que habían asaltado la estancia del propio comandante del pueblo, y padre de Casiana, don Nazario Casas, que salió mal herido del episodio! ¡Volver al cacique Mañkethrüz, que había capturado a Casiana mediante el recurso de bolear su caballo, y que terminó siendo un personaje razonable, más que Dick que nunca acabó de entenderla!. ¡Don Cleto del Campillo, el personaje más distinguido de Fraile Muerto según el un tanto “snobbish” Dick!. ¡La gran fiesta en el Rosario Racing Club celebrando las primeras carreras de caballos a la usanza británica!

Todos esos episodios en una Argentina que con Sarmiento comenzaba el impresionante despegue económico, que duraría 65 años sin interrupciones, y que con el ferrocarril y la navegación fluvial a vapor tuvo las poderosas palancas que le permitieron tan notable performance. Cuando terminé de escribir el libro en 1988 la Argentina estaba en el medio de una honda crisis económica, lo que me llevó a reflexionar que “Los trenes ya no traen inmigrantes en estos tiempos. Más bien devuelven al exterior a sus nietos, que prefieren abandonar la Babel en que revirtió la brillante patria sudamericana augurada por Alberdi.

Tras atravesar otro decenio de brillante comportamiento económico lamentablemente al momento de escribir estas líneas la Argentina está de nuevo saliendo con enormes dificultades de otra de sus crisis recurrentes,

ésta mucho peor que la anterior. Es de esperar que el país salga alguna vez en forma definitiva de sus extravíos y que para las futuras ediciones de Fraile Muerto no sea necesario incursionar en disquisiciones políticas, y que Argentina vuelva a despertar las expectativas que llevaron a los Seymour, Dick y Walter, y a Frank Goodricke, a actuar de pioneros en las entonces salvajes Pampas.

Juan Carlos Casas

Diciembre 2002

CAPÍTULO 1

Anything lower than an admiral or a clergyman.

Nadie más bajo que un almirante o un clérigo.

GEORGE ELIOT, *Middlemarch*, 1871.

— ¡Miraloh a loh gringoh! 'tá que son chamboneh. Así decía un peón que trabajaba en la construcción del puente del ferrocarril sobre el río Carcarañá, viendo los denodados e inútiles esfuerzos de un grupo de ingleses por desencajar un carro en mitad del río. Otros compañeros habían dejado de trabajar para mirar el espectáculo.

— Así no lo han de sacar en la puta vida — comentaba otro, sonriendo burlonamente.

— ¡Juerza! — les gritaron los peones en medio de risas, mientras los pobres ingleses empujaban el carro como podían con el agua al pecho, en un vano esfuerzo por ayudar a los caballos. Alguno patinaba en la resbaladiza tosca del fondo del río y se hundía en el agua turbia, de la que emergía un segundo más tarde resoplando, lo que provocaba estruendosas risotadas de la peonada.

— Nativos de mierda. Esos idiotas podrían venir a darnos una mano en vez de estar como estúpidos ahí, mirándonos — comentó uno de los jóvenes ingleses, de cabello y barba rubia, llamado Richard Seymour, que temblaba de frío mientras miraba a los peones con mezcla de rabia y desaliento.

— Yo les dije de cruzar por el puente del camino nuevo. Vadear el Carcarañá no es fácil — se quejó Gerald Talbot, otro inglés, grande como una pared. Talbot se refería al nuevo camino de Rosario a Córdoba trazado por Timoteo Gordillo para sus diligencias —. Pero tanto insistieron ustedes en ver los trabajos del ferrocarril... ¡Qué testarudos! ¿Y ahora qué hacemos? — preguntó Gerald con voz cansada.

—Y bueno... quién se iba a imaginar esto —contestó Frank Goodricke, compañero de los anteriores, más bien bajo y fornido, quien dejando bruscamente de apoyarse en el carro, al que ya no empujaba, y señalando a la peonada, dijo: —Yo les voy a pedir ayuda.

Frank salió de las frías aguas del río medio caminando, medio nadando y se dirigió a los peones en su chapucero castellano.

Una media docena se comidió a ayudar. Bajaron la empinada barranca, se quitaron los chiripás dejando totalmente a la vista sus largos calzones cribados que alguna vez fueron blancos y se metieron en el río. Desuncieron los caballos de sus arneses y los llevaron a terreno seco, donde los hicieron tirar del carromato con lazos que previamente habían atado al carro, animándolos con estentóreos gritos de ¡Aja! ¡Aja! Tirando o empujando, ingleses, criollos y caballos por igual, al fin consiguieron cruzar el carro. Tras distribuir cobres y medio reales a sus circunstanciales colaboradores, los ingleses fueron al campamento de la empresa constructora del ferrocarril. Allí encontraron a algunos compatriotas ingenieros que ya habían concluido su jornada. Harry Woods, su jefe, los invitó a lavarse. Ya limpios y con ropa seca fueron convidados a tomar el té dentro de la gran tienda de campaña que hacía de oficina de día, dormitorio de noche y comedor en las horas de las comidas.

—¿Qué andan haciendo ustedes por acá? —preguntó Woods a sus huéspedes. Era un individuo de tenebrosa barba y algunos años mayor que el resto, todos veinteañeros.

—Estamos yendo a poblar un campo en la provincia de Córdoba —dijo Frank.

—Dentro de un año el ferrocarril va a llegar a Fraile Muerto —informó Woods.

—Allí es justamente donde nos vamos a instalar. Es decir, a trece leguas al sur del pueblo —explicó Dick Seymour.

—El ferrocarril les va a abaratar mucho el transporte —dijo Woods, quien a continuación preguntó: —¿Por qué se fueron tan lejos? ¿No les gusta la provincia de Santa Fe?

—Problema de precio. Primero pensamos comprar en Entre Ríos, donde yo arrendaba un campo, pero la tierra subió mucho allí. Urquiza ha sabido dar más de veinte años de tranquilidad a la provincia. Por acá igual, vale tres y cuatro mil patacones la legua. En Coronda, ¡dieciocho mil! Por eso terminamos —Frank señaló a Dick— comprando tierra fiscal en Cór-

do. Cuatro leguas por tres mil pesos fuertes. Cuando llegue el tren debería valorizarse, supongo —concluyó esperanzado.

—Poquito menos de cuatro leguas por cuatro mil doscientos veinticuatro pesos bolivianos —precisó Richard Seymour.

—¡Da igual! —exclamó Frank, un tanto fastidiado por la minuciosidad de su socio.

En ese momento entró una criolla trayendo una gran bandeja de metal plateado con una tetera humeante de grandes dimensiones, tazas de loza obviamente inglesa y bandejas con scones. La visión de estos últimos hizo brillar los ojos de los hambrientos viajeros. La breve conversación había permitido a todos y cada uno de los allí reunidos ubicar social, económica y geográficamente a cada uno de los contertulios. Los modales, la ropa, los distintos acentos y ese código no escrito ni generalmente reconocido existente en todas las sociedades que establece qué palabras y qué términos pueden ser usados habían permitido realizar esa rápida comprobación.

—Veinticuatro mil acres por seiscientas libras —dijo uno de los ingenieros mientras comenzaba a servir té, traduciendo superficie y precio a medidas inglesas—. Realmente barato.

—Y si lo hubiéramos comprado hace apenas dos años, habríamos pagado la mitad y aún menos. Así nos comentó mister William Perkins en Rosario, a quien ustedes probablemente conozcan. Está en negocios del ferrocarril, ¿saben? —comentó Dick.

—La expectativa del ferrocarril es lo que hizo subir los precios, seguramente —reflexionó Woods mientras se llevaba la taza a sus pilosos labios. “¿Qué clase de idiota fui? Mientras yo estudiaba el trazado de la vía otros compraban campo por nada”, rumiaba para sí.

—El campo es barato siempre y cuando no sea muy pobre —volvió a decir el ingeniero que servía té—. Digo por aquello de que lo barato termina saliendo caro, ¿no?

—¡Nada de eso! —¡El campo es muy bueno! tan bueno como acá —afirmó categóricamente Richard Seymour.

—Es al menos lo que nos dijeron —relativizó Frank.

—¡Veinticuatro mil acres! ¡Es una enormidad! —exclamó otro ingeniero muy joven, impresionado, tardíamente, por las dimensiones del campo. —Ni el Duque de Northumberland debe tener tanta tierra —agregó.

—El Duque de Northumberland tiene mucho más: como ciento ochenta mil acres. Y el Duque de Devonshire tiene entre Derby y Yorkshire unas ciento treinta mil —aclaró Woods.

—Pero aún así, estoy de acuerdo en que veinticuatro mil acres es mucho en Inglaterra. Sin ir más lejos, el marqués de Hertford, nuestro vecino de Alcester (en realidad se pasa la vida en París), tiene doce mil acres en Ragley Hall, y siempre se lo ha considerado como un latifundista —dijo Dick Seymour.

—¿Y tienen ustedes idea de cuánto tiene en Entre Ríos el gobernador Urquiza? —preguntó Frank Goodricke, masticando un scone al mismo tiempo.

Nadie arriesgó una cifra.

—¡Vamos! ¡Digan algo! —los animó Frank agitando su taza de té.

Un ferroviario que no había abierto la boca arriesgó:

—Bueno, por la forma que hace la pregunta, ha de ser más de lo que tiene el Duque de Northumberland. Digamos quinientos mil acres.

—¿Nadie da más? —preguntó Frank, haciendo tintinear un vaso con la cuchara.

—¡Yo digo un millón! —apostó otro ferroviario, aceptando el desafío.

—¡Se quedaron muy, pero muy cortos! —dijo Frank, siempre sonriendo con su cara barbuda y más bien redonda, enmarcada por un pelo castaño muy enrulado. Tras larga pausa como para mantener el suspenso, que aprovechó para tomar un largo trago de té, con voz muy lenta anunció: — El general Urquiza, amo y señor de Entre Ríos, tiene nada menos que tres millones seiscientos mil acres donde pacen doscientas mil ovejas y ochocientas mil vacas.

Estos números fueron oídos con el respetuoso silencio que provocan las demostraciones de poderío y riqueza, silencio propicio para que la envidia se enseñoree de quienes la palpan.

—¡Tres millones seiscientos mil acres! —repitió incrédulo el ingeniero joven—. ¡Más que un condado!

—Fabuloso, ¿no es cierto? Algo así como la cuarta parte de la provincia —dijo Woods.

—En comparación, señores, nuestro campo es una modesta granja —observó Frank.

—Sí... y volviendo a esa modesta granja de ustedes —dijo Woods con ironía mirando a Frank y Dick—, díganme, ¿cómo está de aguadas?

—Agua no nos va a faltar. Tiene un frente de seis millas sobre el río Saladillo que, según nos dicen, nunca se seca —explicó Frank.

—El Saladillo, ¿eh? Ándense con cuidado. He oído decir que por allá merodean indios —advirtió Woods.

—Sí, así nos han dicho. Pero no tienen más que lanzas y se aterrorizan de las armas de fuego. No han de ser más peligrosos que los gitanos que suelen acampar cerca de las aldeas de Warwickshire y que roban gallinas, gansos o algún cordero, comentó, despectivamente, Dick Seymour.

—Yo no estaría tan seguro —opinó Woods—. No lo digo para asustarlos, pero he oído cuentos bastante alarmantes.

—¿Se van a dedicar a las ovejas? —preguntó otro de los ferrocarrileros. —Así es —contestó Frank.

—Con la guerra de Secesión en los Estados Unidos el precio de la lana se ha ido a las nubes. No hay algodón. Pienso que van a hacer un buen negocio —auguró Woods, moviendo afirmativamente la cabeza y acariciándose la larga barba oscura.

—Sí, así esperamos —dijo Frank—, aunque la guerra ya concluyó.

—Pero pasarán años para que la producción vuelva a ser la de antes. El fin de la esclavitud provocará un caos en los métodos de producción —comentó otro ingeniero.

—Ojalá —dijo Frank—. Y nuestros amigos vienen con nosotros a ver si también se deciden y compran campo cerca —agregó señalando a los hermanos Charlie y Jerry Talbot. —Ajá, qué bueno. ¿Pero ustedes no eran cinco? —preguntó Woods. ¿Qué se ha hecho del otro?

—Es el cocinero. Lo empleamos en Rosario, aunque debo reconocer que sabe tanto de cocina como yo de ferrocarriles. Es un aventurero. Estuvo en la Royal Navy, vivió en la India y después en el Brasil, tendiendo ferrocarriles —explicó Dick.

—¡Vaya! —exclamó Woods—. A nosotros nos hace falta gente como ésa, con experiencia y, además, que sepa castellano —y, bromeando, agregó: —Tengan cuidado, podríamos sacárselo.

—No hay peligro —dijo Dick—. Henry ya no está para esos trotes. Está muy viejo para andar tendiendo rieles. Para mí que desertó como marinero de algún barco al ver lo fácil que es la vida en este país. El otro día, en Rosario, andaba un perro comiendo un pedazo de carne que a una familia inglesa le alcanzaría para toda una semana. ¡Imagínense! ¡Qué marinero querría reembarcarse!

—La desertión de marineros es un verdadero problema para los barcos que vienen por acá —comentó uno de los ingenieros.

—Es que está llegando mucha gente a este país. Alguien me comentó que este año van a ser más de diez mil. Ingleses, como seiscientos. Es mu-

cho para un país que tendrá... ¿qué? ¿un millón de habitantes? —reflexionó Charlie Talbot.

—Algo más. Se calcula en millón y medio. El presidente Mitre parece realmente interesado en el progreso y la inmigración. Pero primero tendrá que terminar con tanta revolución y guerra —dijo Woods, quien se quedó pensativo y luego siguió diciendo: —La Argentina tiene muchas condiciones para ir adelante. Está mucho más cerca que Australia y Nueva Zelanda. No sólo estoy pensando en la producción de lana, sino en la de trigo.

—Sin embargo, un alemán, no me acuerdo cómo se llama, dice que la pampa no sirve para producir trigo —contradijo otro ferrocarrilero.

—Sí, ya sé quién es: Burmeister. Pero los suizos de Esperanza están demostrando que está completamente equivocado —dijo Woods.

Tras una segunda ronda de té las tazas habían quedado vacías. Ya estaba oscureciendo y comenzó a refrescar. Woods invitó a los asistentes que acercaran bancos y banquetas al fuego que ardía en una apertura de la carpa. Había advertido la extrema juventud de los huéspedes, lo que le hizo atreverse a hablarles de temas más personales:

—Si me permiten la pregunta, ¿cómo es que han venido ustedes a parar a este país?

—Yo llegué hace dos años, arrendé campo en Entre Ríos, cerca de Gualaguaychú, y me dediqué a criar ovejas —dijo Frank.

—Y yo llegué en febrero de este año. Soy su socio —dijo Dick señalando a Frank—. Éramos muy amigos en Inglaterra, casi vecinos, allá en Warwickshire. Yo estaba estudiando en Oxford. Mi padre, un clérigo, ¿sabe?, quería hacerme estudiar Teología pero..., evidentemente, no soy del tipo intelectual.

—Oxford. Un señorito. Raro que no se haya metido en el Ejército, o en la Marina, o en la Iglesia —pensó Woods. Y como adivinándole el pensamiento, Dick agregó:

—Envidiaba, debo reconocer, a mi hermano menor que entró en el Ejército a los 14 años y que ahora está en la India. Pero mi abuelo Sir Michael Seymour, conocía el Río de la Plata y solía hablarle de este país a mi padre. Le gustaba mucho. Él comandaba la flota estacionada en Río de Janeiro, donde murió. Justamente aproveché para visitar su tumba en Río durante la escala de mi barco. Por eso, cuando Frank vino aquí, no me costó mucho convencer a papá que me ayudara económicamente para asociarnos. Y bueno, aquí estoy.

“Ya se las arregló para sacar a relucir a su abuelo almirante”, pensaba Frank. Era evidente que la mención de Oxford y del almirante sirvió para confirmar la posición social de Seymour y sus amigos, y para aumentar aún más el debido respeto hacia los miembros de la aristocracia por parte de los ferrocarrileros de clases más bajas.

—El almirante Seymour —dijo un ferrocarrilero muy rubio y lampiño, tratando de recordar—. ¿No estuvo en la guerra de China, en Cantón?

—Ése es un hijo de mi abuelo, Sir Michael también. Mi tío, por lo tanto. Mi abuelo murió antes de que yo naciera —aclaró Dick, muy orgulloso de su ilustre ascendencia, que se remontaba a Eduardo I.

“¡Mi Dios, ahora le va a zampar el cuento de su tío almirante!”, seguía pensando Frank mientras tanto.

—Mi tío tomó los fuertes que protegían Cantón —siguió diciendo Dick Seymour, confirmando los temores de Frank—. Después destruyó una flota de juncos chinos. Finalmente, como el virrey de Cantón no aceptara negociar, ocupó la ciudad y lo tomó prisionero. Como aún así el emperador chino se obstinaba en su negativa, forzó la entrada de no sé qué río... ¡Nunca me acuerdo de esos horribles nombres chinos! Lo remontó y finalmente impuso la aceptación de las condiciones exigidas por Lord Elgin —explicó Dick con aire satisfecho por las hazañas de su tío.

—Mi hermano estuvo allá. Era ingeniero, como yo, y trabajaba en las máquinas. Me había hablado del almirante Seymour. De allí que me sonara su nombre —dijo el joven rubio y lampiño, igualmente impresionado por los éxitos de Sir Michael.

—¿Cuál había sido el motivo de la guerra? —preguntó Woods.

—Pues... no tengo la menor idea —reconoció el lampiño y miró a Dick.

—Eh... No sé, la verdad es que no lo recuerdo tampoco —debió admitir éste—. Además, poco importa. Los motivos de las guerras suelen olvidarse en su transcurso y poco tienen que ver con su desenlace —agregó, plagiando una frase que solía repetir su profesor de historia en Oxford.

—Fue porque los malditos chinos se incautaron de uno de nuestros pataches, el Arrow, en Cantón —dijo Frank, en ayuda de su amigo.

—¡Sí, cierto. Lo había olvidado. ¿Cómo lo recordaste? ¡Qué memoria! lo observó sorprendido Dick dirigiéndose a Frank.

—Por el Arrow, el río que corre cerca de casa, en Studley.

—¡Cierto! Cuántas veces lo habré cruzado para ir a tu casa, y también a lo de Throckmorton, en Coughton Court —y la imagen de Mary Eliza-

beth Throckmorton apareció en la mente de Dick Seymour, tanto o más atractiva aun que su madre Elizabeth, cuyo retrato pintado por Partridge, que lucía en la sala del viejo caserón, también le vino a la mente.

Aburrido de los almirantes Seymour, el ingeniero Woods decidió seguir su encuesta con Frank.

—Y a usted, señor Goodricke, ¿le puedo preguntar qué lo indujo a venir acá?

—¿Yo? Pues yo vine a buscar fortuna. Tan simple como eso —contestó Frank diciendo la verdad aunque no toda la verdad—. No me pareció útil hacerle gastar a mi padre doscientas libras al año para estudiar sólo seis meses en Cambridge, como él quería.

Dick estuvo a punto de decir algo acerca de la otra cara de la verdad, que Frank obviaba, pero se contuvo. “Debo ser discreto”, se dijo.

Sin esperar a ser consultados y por turno, Jerry y Charlie Talbot, tan parecidos que se hubiera dicho que eran mellizos, informaron:

—Nosotros dejamos el ejército para venir aquí. Pasamos también por Oxford. Yo remé por Kingston College en Henley. Y después estuve en el Regimiento 11 de Húsares...

—Y yo era riflero.

“Evidentemente, todos ‘gentlemen’, miembros de la alta sociedad. Pero, ¿por qué diablos vendrán a este país tan remoto y atrasado? Muy inconveniente, además, no gobernado por nosotros. Con estos españoles nunca se sabe... En fin... y yo, que maldecía mi suerte por haber tenido que venir aquí en busca de trabajo... no estoy tan mal acompañado. A los hijos de los poderosos les gusta el riesgo y la aventura. ¿No es eso acaso lo que ha hecho grande a la vieja Inglaterra?”

Así se quedó reflexionando el ingeniero Woods, mientras acariciaba su vaso de whisky, bebida que junto a la ginebra había comenzado a correr libremente. Pensamientos paralelos a los de Frank, cuya lengua se soltó gracias al influjo mágico del alcohol, que lo llevó a expresarlo en palabras:

—Con las ventajas naturales de este país, sus pobladores, y sobre todo nosotros, los ingleses, no podremos evitar convertirnos rápidamente en millonarios. Por eso es que estamos acá todos nosotros, ¿verdad? —y poniéndose de pie y levantando su copa, exclamó con inesperada elocuencia: ¡Brindo, caballeros, por la fortuna que nos espera! ¡Ah, y porque ella muy pronto se concrete!

Mientras tomaba un largo trago de whisky, Woods pensó qué hacer con los millones que pronto ganaría. ¿Traería a sus padres? ¿Iría a Inglaterr-

ra a buscar la chica más linda de su pueblo para traerla como esposa? Eso sí, en la Argentina o en Inglaterra, se haría un castillo que provocaría la envidia del duque de Devonshire.

Entretanto, la conversación había girado primero, y por poco tiempo, hacia el ferrocarril que construía la empresa fundada por William Wheelwright. Luego, y muy tímidamente al comienzo, alentada por la mayor impudicia que provoca el alcohol, se encauzó hacia la mayor o menor simpatía que demostraban para con los británicos las mujeres nativas. Algunos comenzaron a contar experiencias personales, que provocaron fuertes risotadas. Pero no todos participaron de esta constructiva y amena charla: Dick Seymour, por ejemplo, incómodo ante los nuevos temas abordados, se había apartado a un costado de la tienda donde inquiría a uno de los anfitriones con similares prejuicios a los suyos acerca de los servicios religiosos anglicanos disponibles en la región.

CAPÍTULO 2

The whole country is as flat as a pancake.

El país entero es chato como un panqueque.

THOMAS J. HUTCHINSON, *Buenos Aires and Argentine Gleanings*, 1865.

“Maldita inmensidad. Me abruma. Me hace sentir un insecto”, pensaba el viejo Henry contemplando la pampa sin límites que lo rodeaba, desde lo alto del pescante del carro que conducía, repleto de vituallas.

Miró hacia un costado donde la tropilla trotaba alegremente, arreada por Dick y los dos Talbot. El tintineo del cencerro de la yegua madrina, una tobiana seguida por una potranca del mismo pelo, reconfortó el corazón del viejo, alejando bruscamente su congoja. Impulsado por un arranque poético, empezó a declamar, con entonación de aire marinero:

—“A sea of grass; a sea on land” —y frases parecidas.

—Cierto, y un mar sin barcos también —agregó Frank, que cabalgaba a su lado. Sí, porque hace horas que no vemos nada, ni nadie.

Frank empezó a escudriñar el horizonte. Pareció que advertía algo pues sacó de su estuche los prismáticos, detuvo a su zaino y miró hacia cierto punto. Enseguida lo señaló con la mano que sostenía los anteojos y exclamó:

—¡Allá! ¡Unos venados!

Su grito fue escuchado por sus amigos entre el fragor de los cascos de sus caballos.

—¡Corrámoslos, quizá podamos cazar alguno! —gritaron a coro los hermanos Talbot.

Los cuatro salieron a todo galope seguidos por sus perros, pero Dick, al darse cuenta de que la tropilla quedaba sola, hizo dar vuelta a su tordillo, quien le obedeció de mala gana entusiasmado como estaba con la carrera. La persecución no fue exitosa. Los venados advirtieron a gran distancia a sus perseguidores y se alejaron rápidamente, perdiéndose entre los juncales próximos a una laguna. Los cazadores orientaron entonces sus objetivos hacia las aves, esta vez no en vano. Como a la hora, los dos Tal-

bot y Frank Goodricke alcanzaron el carro con varios patos muertos en sus alforjas.

— ¡Pero si ya teníamos una cantidad! Tendríamos que comer pato sin parar para que no se echen a perder — protestó Dick.

— ¡Qué importa! Es cuestión de hacer puntería — replicó Frank, mientras tiraba los patos dentro del carro—. No es la cacería del zorro, pero al menos uno se divierte un poco.

— Digno hijo del Master of the Quorn, no puede negarse — dijo Dick observando sonriente a Frank. Se refería a quien asumía la dirección de las cacerías del zorro en un distrito determinado. Luego agregó en tono recriminatorio: — Tanto quejarte de que tu viejo no hace otra cosa que cazar y vos terminás haciendo lo mismo que él.

Mientras esto último decía Dick, simultáneamente se recriminaba por haber hablado a Frank de su padre. Pero ya iniciada la frase, le resultó imposible detenerse.

— Mis quejas contra papá no son precisamente por la caza de patos — respondió secamente Frank con aire sombrío. Quedó luego taciturno, rezagándose atrás del carro y de los demás jinetes, rememorando antiguos y dolorosos recuerdos:

Ese balazo... el quejido que salió del bosque. No de un ciervo al que iba dirigida la bala, sino de su hermano mayor Harry. De su pecho manaba abundante sangre. Harry agonizaba. Poca duda cabía. La bala se le había incrustado a una pulgada del corazón. Sin embargo, se recuperó. Inclusive volvió a jugar al cricket. Pero fue por poco tiempo pues murió finalmente a los pocos meses. Frank siguió rumiando, una vez más, toda la triste historia. Dick lo observaba desde lejos, maldiciendo su falta de tino.

Dos días más tarde los viajeros llegaron al barroso arroyo de las Tortugas y al vadearlo, entraron en territorio cordobés. Ello no significó ningún cambio en el paisaje. Desaparecieron del todo, eso sí, los ya escasos ombúes, cubiertos de flores en esa época. El tiempo era magnífico. Una fresca brisa del Este arrastraba ligeras nubes blancas que se destacaban en el cielo de intenso color azul. A diferencia del escasísimo movimiento de gente o animales en la superficie, el tráfico aéreo era intenso: bandadas de patos, cisnes, garzas, flamencos y gallaretas volaban en todas direcciones, acuaticando en las lagunas cercanas. También se veían chimangos y halcones, bichos feos y pirinchos, teros y lechuzas. Lo que no faltaba era, sin duda, pájaros.

El horizonte sin límites provocaba extrañas sensaciones a los ingleses. Por momentos se sentían diminutos, como le había ocurrido a Harry; en otros gozaban de una sensación de libertad también sin límites. El paisaje de su Warwickshire natal, muy bonito sin duda, con sus suaves colinas, arroyos, verdes prados que alternaban con bosques, ¿no era justamente demasiado bonito? La pampa era en cambio grandiosa y, si bien se la podía criticar por su monotonía, la variedad estaba en el cielo, despejado a menudo, con nubes como gigantescas torres otras veces, presagio de fuertes tormentas y lluvias que parecían diluvios en comparación con la flemática llovizna inglesa. Pero el buen sol predominaba en esa fresca primavera y los viajeros no podían menos que comparar el benigno clima del país que atravesaban con las frecuentes neblinas del que habían dejado.

A la semana de salir de Rosario llegaron al río Tercero. Lo encontraron muy pintoresco, con su profundo cañón excavado en la pampa y las barrancas cubiertas por espesos montes de algarrobos, sauces, tales y vistosos chañares vestidos de amarillo. Allí hicieron campamento, es decir, el viejo Henry plantó la carpa y preparó la comida mientras los otros cuatro se ocupaban de los caballos. Durmieron, como en las noches anteriores, los cuatro gentlemen en la carpa y Henry debajo del carro.

La mañana siguiente la dedicaron a divertirse cazando y, cuando el sol del mediodía calentó un poco más, nadaron en las aún frías aguas del río. Tras el almuerzo, lo costearon aguas arriba encontrando los primeros pobladores dedicados a la agricultura. El verde oscuro de algunos lotes sembrados con trigo se destacaba contra el tono más claro del pasto natural. La pobreza de los ranchos era más que recompensada por los durazneros en flor. Más adelante, en la villa opuesta del río, se alzaba, muy poco en verdad por la chatura de la edificación, el pueblo de Fraile Muerto. Bajaron la abrupta barranca, cruzaron el río en una precaria balsa y subieron la otra barranca para entrar en el poblado. Era un pobre rancherío de un millar de habitantes, con apenas una veintena de casas decentes construidas en derredor de una placita trapezoidal donde unos desnudos paraísos empezaban a cubrirse con pálidas flores. Quizá por la necesidad de adaptarse al curso irregular del río, el trazado del pueblo desafiaba el típico damero hispanoamericano. Una pequeña y poco atractiva iglesia, frente a la plaza, completaba el modesto decorado. El resto del pueblo era un conjunto caótico de ranchos emplazados de cualquier modo.

Aunque ya había estado allí seis meses antes, cuando Frank y él buscaban campo, Dick no pudo dejar de comparar una vez más Fraile Muer-

to con Alcester, el pueblo de remoto origen romano cercano a la parroquia de Kinwarton, donde había vivido hasta entonces. Un abismo cultural separaba Fraile Muerto de las casonas medievales de Alcester, con su estructura de madera a la vista, el Town Hall del siglo XVI, la aún más antigua Old Malt House y la gran iglesia gótica con la estatua al marqués de Hertford esculpida por Chantrey.

Los recién llegados pobladores habían decidido emplear inicialmente a un pocero, para cavar el pozo de agua en primer lugar y, luego, la zanja de defensa contra los indios que, aunque les parecía innecesaria, tanto les había recomendado el padre de los Talbot. También precisaban un peón conoedor del trabajo con hacienda. Tras hacer campamento al borde de la barranca y no lejos del pueblo, bajo la sombra del tupido follaje de los árboles que allí crecían, Frank y Dick se dirigieron a la posta para averiguar sobre posibles candidatos.

Varios caballos ensillados atados a palenques y carretas ladeadas por la falta de bueyes les indicaron que habían llegado. La casa de la posta era pulpería a la vez. Tras el mostrador enrejado hecho en una ventana atendía un paisano. Los ingleses que se dirigían hacia allí interrumpieron brevemente su camino para observar un gaucho que tiraba la taba.

—¡Suerte! —gritó un tercero que observaba la taba que acababa de caer.

Quien había tirado la taba entonces canturreó con voz de falsete:

— Yo quisiera, vida mía,
Que me dieras sin trabajo,
Cuando la taba éche suerte,
Lo que queda por abajo.

Bajo una enramada al lado del rancho había un par de mesas con jugadores de naipes una, de dominó la otra. Un paisano estaba sentado en el suelo, apoyada la espalda contra la pared de la pulpería, rasgueando la guitarra. Era el único con gorro de manga que colgaba al costado de su cabeza, tan de moda en los últimos años del Restaurador de las Leyes, en desuso por entonces. Su forma recordó vagamente un gorro frigio a Dick.

— Yo no me pienso matar
Por quien por mí no se muere.

Querer a quien me quisiere
Y a quien no me quiera, ¡andar!

Así cantaba con voz monótona el juglar gaucho. Dick lo escuchó con atención y, sorprendido, descubrió que entendía el sentido de la canción.

— Buenas tardes — saludó Frank a los jugadores.

— Y santas — agregó un jugador de dominó.

— Güenas se las dé Dios — contestaron otros.

Los ingleses se sorprendieron al ver que todos detenían el juego, se ponían de pie y se quitaban sus pequeños sombreros pajizos dejando a la vista los pañuelos sereneros que cubrían en parte sus melenas oscuras. Esa muestra de urbanidad frente a forasteros no concordaba con el salvaje aspecto de los desgredados gauchos con su multicolor vestuario. No obstante sus modales, las miradas de los gauchos parecían torvas y amenazadoras, impresión que era reforzada por los largos facones que lucían en sus amonedados y anchos cinturones

— Nosotros buscamos un pocero y un peón para una estancia que vamos a poblar — explicó casi a gritos Frank, menos intimidado que Dick por la apariencia de sus interlocutores—. Y queremos saber si alguien está interesado — añadió, señalándolos con su mano izquierda, pues era zurdo.

— Pocero es difícil que encuentre por acá, mi señor — explicó un paisano con un dejo de ironía en su voz con fuerte tonada cordobesa. En verdad, encontrar un gaucho dispuesto a tomar una pala era una imposibilidad.

— ¿Ande es la estancia, don? — preguntó otro gaucho.

— Sobre el río Saladillo — contestó Frank.

Al oír la respuesta, los paisanos se miraron. Uno de ellos dijo con fuerte tonada cordobesa:

— Muy cerca 'e la frontera. Por ahí andan mucho los indios ¿vio? y yo no quiero entuavía perder el pellejo. 'chas gracias, don.

Los otros nada dijeron, dando la sensación de que opinaban igual. Los ingleses decidieron esperar tomando, de paso, una ginebra, por si los paisanos cambiaban de idea. Pero la espera fue vana: éstos reanudaron sus juegos sin otra reacción. Frank y Dick se retiraron desesperanzados. Sin embargo, ya vueltos al campamento y cuando el sol se ponía, vieron que uno de los paisanos que habían visto en la pulpería se acercaba a caballo.